ME BASTARA CON EL DESCANSO ETERNO

por Ronnie Foster

Entonces, entre otros sucesos extraordinarios, tuvo contacto con «algo» que procedía del Infierno y también del Paraiso...

Señor Juez:
Esto es un suicidio. El culpable existe, pero no podrá culpar a nadie de mi muerte. Porque, lamentablemente, ese culpable está bastante lejos de su jurisdicción. Y aunque esto es un suicidio debería considerárseme, precisamente por ello, como a un benefactor de la humanidad. Espero que la policía y el forense hayan tomado buena cuenta de la advertencia que aparece escrita junto a mi cadáver, y que nadie lo haya tocado directamente. En caso contrario, me temo que a mi suicidio seguirán otros. ¡Quién sabe cuántos! Quizá tantos como eslabones de una larga y monstruosa cadena que no acabe nunca, o tal vez, acontecimientos infinitamente peores. La única forma de quebrar esa cadena es incinerar mi cuerpo inmediatamente. Entiéndalo bien, señor juez: ¡Inmediatamente! Y luego entierren mis cenizas lo más hondo que puedan y en el lugar menos accesible que encuentren. Por nada del mundo se les ocurra esparcirlas al aire o arrojarlas a una corriente de agua... ¡Por nada del mundo! Y no caiga en la ingenuidad, después de leer lo que sigue, de considerarme un simple loco,

dejando en consecuencia sin efecto las instrucciones que preceden. Su responsabilidad sería tan espantosa que tampoco a usted le merecería la pena seguir soportando el peso de la vida ni el de los remordimientos. Espero que las líneas que siguen a continuación le aclararán los motivos de mi actitud.

No le faltaban razones a mi tío Isaac para ser misántropo. Pero si vivía apartado de todos, en un bosque montañoso y de difícil acceso, no era a causa de la desdeñosa indiferencia que le inspiraban sus semejantes, sino de la peculiar naturaleza de las investigaciones que estaba realizando. Nadie estaba en condiciones de comprender el alcance ni la intención de las mismas, y para llevarlas a cabo el silencio y la soledad resultaban imprescindibles. En ocasiones me había hecho partícipe, someramente, de sus inquietudes, puesto que yo era el único miembro de la familia que le inspiraba alguna confianza. Tal vez por mi carácter soñador, mi afición a las experiencias místicas y mi absoluta inconformidad con las vulgaridades pragmáticas del mundo que nos había tocado vivir.

Atravesaba yo un momento difícil, a causa de un desengaño amoroso, y por ello se me hacía insoportable la rutina de mi vida en la ciudad. Vi los cielos abiertos cuando recibí la carta de tío Isaac. Me invitaba en ella a pasar una temporada en su casa de campo, y me instaba a hacerlo a la mayor brevedad posible, puesto que mi presencia resultaría muy útil «en relación con ciertas experiencias». Silencio, soledad y contacto con la naturaleza era cuanto yo necesitaba para reordenar mi vida. No lo pensé dos veces, y al cabo de cuatro días me encontraba conduciendo por una despiadada carretera sin asfaltar que ascendía entre baches y precipicios hasta la residencia de mi tío. Cierto que el paisaje, un bosque de abetos enormes, apenas visitado por algún que otro incauto cazador, era impresionante. Pero no le era menos la posibilidad inmediata de que el coche se saliera de la carretera y fuera a despeñarse al tomar incorrectamente la próxima curva. El carril —más que carretera— mostraba en su centro largos trechos en los que crecía la maleza, señal inequívoca de estar muy poco transitado. Y a veces se estrechaba hasta extremos inquietantes a causa de los desprendimientos de tierra. Si quería estar aislado, evidentemente mi tío había sabido elegir muy bien el sitio.

Ascendiendo sin parar llegué por fin a su casa. Una sólida construcción de dos plantas, rodeada de bosques por todas partes, cuyos muros de granito mostraban aquí y allá grietas y mutilaciones achacables al paso del tiempo. Los altos y negros techos de pizarra, elevándose hasta formar un ángulo agudo, le daban al edificio un aspecto sombrío que se acentuaba por el

silencio y la soledad absoluta de los alrededores. Muchas noches habían resbalado por esos tejados, resquebrajados en parte como la fachada, y todas ellas habían dejado —negro sobre negro— su oscura huella. Sentí un escalofrío al contemplar la casa, tan distinta de la alegre y sencilla que yo había imaginado, y una sensación de agobio me acompañó hasta dejar el coche aparcado junto a sus muros. No me abandonó cuando salí del coche, y se incrementó cuando contemplé la figura de mi tío en la puerta, esperándome.

Hacía dos años que no le veía, y en ese tiempo su aspecto había sufrido inquietantes alteraciones. Sus ojos, negros, brillaban como brasas, con el inequívoco resplandor de los obsesos y los fanáticos. Se había acentuado la palidez de su rostro y tenía las mejillas hundidas hasta un grado casi inverosímil. La barba hasta casi la cintura y el pelo, peinado hacia atrás, le llegaba sobradamente a los hombros. Lo que resultaba inusual en un hombre de casi sesenta años. Al abrazarme comprobé lo mucho que había adelgazado. Sus manos estaban particularmente frías y sus párpados algo enrojecidos. Tuve la intuición de que se había vuelto dipsómano, lo que no tardaría en comprobar.

La habitación en que entré, a poco de traspasar el umbral, me pareció inadecuada a su personalidad, tal y como yo la recordaba. pues mi tío Isaac había sido siempre un hombre serio cuya estoica, y hasta severa concepción de la vida, no le permitía demasiadas concesiones lúcidas hacia sí mismo. En las paredes, sobre un fondo de azul claro que quería imitar el cielo, habían dibujado estrellas, soles, nubes, cuerpos de adolescentes desnudas, y hondos paisajes bucólicos con figuras cuya disposición, colorido y realismo expresaban del modo más explícito toda la fuerza y alegría de la vida. Una gran alfombra persa, con escenas de amor y de caza, cubría todo el suelo, y sobre ella había multitud de almohadones de seda, grandes y pequeños, con los que se podía formar un confortable y mullido nido individual en cualquier rincón. En el centro había una pequeña mesa redonda, muy baja, sobre la que reposaba una enorme pipa de agua. En un rincón, incansables pebeteros halagaban el sentido del olfato. A través de un amplio ventanal, las últimas horas de la tarde regalaban oro a manos llenas en un paisaje en el que, pese al delicioso brillo anaranjado que el sol confería a la casi infinita sucesión de abetos, no pude dejar de advertir ciertos aspectos sombríos. El desmesurado hacinamiento de los árboles, cuyas copas contemplaba desde el ventanal, que hacían del bosque un territorio de difícil penetración, era uno de ellos. Jamás había visto tantos y tan juntos. Se me hizo palpable la oscuridad que allí empezaba a

reinar, y temí que nada bueno podía surgir de ella. Volví la cabeza, me descalcé a indicación de mi tío, y tomé asiento en el suelo, convenientemente rodeado de almohadones. Me resultaba más grata la contemplación de este cuarto que la de la obscena y nada tranquilizadora naturaleza circundante, y si bien las transformaciones de mi tío no dejaban de inquietarme, el acogedor aunque fantástico ambiente de aquel cuarto tenía la virtud de relajarme. Mi tío se sentó frente a mí y pude observar con detenimiento algo que me llamó la atención al verle por primera vez. Vestía enteramente de blanco. la camisa y los pantalones eran de algodón y había en ambas prendas caprichosos dibujos de flores y pájaros bordados con hilo rojo. Semejantes vestiduras, más propias de un adolescente en vacaciones, resultaban hasta cierto punto grotescas en un hombre maduro, casi anciano, como era mi tío. Me pareció evidente que había sentido la necesidad de crear a su alrededor una atmósfera falsificada de juventud, y me intrigó conocer qué le había movido a ello. Lo de «juventud falsificada» fue una idea que me vino a la cabeza al ver la enorme distancia que existía entre ese ambiente y no ya sólo la senectud, sino la expresión torva y enfermiza de quien lo había creado. Pronto saldría de dudas. Mi tío era viudo desde hacía un año e hizo una alusión a su estado a poco de empezar a hablar.

—Desde la muerte de Jackeline —dijo— mi vida ha experimentado un cambio muy notable. Sin duda habrás advertido algo de ello… Quiero decir en mi forma de vestir, en la decoración de este cuarto... No debes asombrarte.

Hizo una pausa y la aprovechó para mezclar hachís con tabaco y llenar la cazoleta de la pipa de agua. De ella partían dos largos tubos de goma terminados en sendas boquillas de madera. Encendió la mezcla y aspiró una enorme bocanada, con gesto no sé si muy sincero de placer. Me ofreció la otra boquilla y la acepté por educación, disimulando el recelo cuanto pude, pues era la primera vez que fumaba hachís. Procuré y conseguí, de todas formas, no tragarme el humo, pues deseaba mantenerme lúcido por completo.

—Como verás, también me he hecho adicto a los alucinógenos. No por vicio, sino porque lo requería el curso de mis investigaciones. Debes saber ahora que no abandoné mi cátedra de psicología, como la gente piensa. La verdad es que me expulsaron, pero el claustro, que me apoyaba, logró arrancar al rector la promesa de no hacer público el motivo de mi expulsión. Lo único que pretendía era repetir aquí, en Inglaterra, las experiencias de ampliación de conciencia con el ácido lisérgico que había realizado Timothy Leary con sus alumnos en los

Estados Unidos. AL final me pasó lo mismo que a él. pero el abandonar la universidad y sobre todo (es duro que te lo diga pero es así) la inesperada libertad que me dio la muerta de tu tía, me han permitido descubrir algo inconcebible... Demasiado extraordinario para que el mundo de hoy pueda aceptarlo. Por eso he guardado el secreto. Tú serás el primero en saberlo. La responsabilidad de ese descubrimiento me pesa demasiado. En consecuencia, tendrás que compartirla conmigo. Pero te aseguro que merece la pena. Espera un momento.

Acto seguido se levantó y me dejó solo en la habitación. Pensé que si mi tío estaba empezando a perder la razón, como sospechaba, debería andarme en adelante con mucho cuidado, ya que éramos los únicos seres humanos en varios kilómetros a la redonda. Regresó al cabo de un rato trayendo un objeto sumamente extraño. Cuando me lo entregó, sus ojos fulguraban de satisfacción y los míos de asombro.

—Obsérvalo bien, sobrino, obsérvalo bien.

No podía hacer otra cosa que observarlo con toda la atención del mundo. La caída de la tarde, ya en la penumbra, le daba un aspecto ceniciento, vagamente plateado. Pero cuando tío Isaac encendió la luz, aquello restalló con irisaciones sumamente brillantes, como si una congregación de ópalos, turquesas, turmalinas y rubíes hubieran decidido, de común acuerdo, intensificar hasta el cuádruple su fulgor ordinario. Lo sorprendente es que se trataba de una pluma. Mejor dicho, de algo que se parecía a una pluma. A no ser por las ramificaciones que lo hacían similar a una planta, a un arbusto plumoso de brillante terciopelo gris. En toda mi vida había visto algo parecido. Era con toda evidencia, algo natural, pero su naturaleza me resultó completamente desconocida. Medía medio metro de largo, pesaba como si estuviera hecho de papel de seda, y sus cambiantes brillos podían recordar a los de las plumas del pavo real, salvo que no obedecían a un configuración fija, sino que las «hojas» o «plumas» que sobresalían de cada «rama» (anchas como cuatro dedos) reflejaban la luz sobre dibujos geométricos cuya forma variaba constantemente, alternándose de modo irregular líneas rectas y curvas. Era fantástico, pero su suave tacto producía indefectiblemente el temor a lo desconocido. Miré a mi tío, sin duda mostrando el estupor en mi rostro, pero no tuve necesidad de formularle pregunta alguna.

—Yo tampoco sé lo que es, sobrino —me dijo—. Pero sé, como tú, que existe. También sé algo más: sé de dónde procede.

Me obligó a sentarme de nuevo. El lo hizo a su vez tras dejar el objeto sobre la alfombra, entre ambos, y volvió a ofrecerme la boquilla del narguile. Confieso que esta vez, para atajar el

estupor, y en contra de las más elementales leyes de la prudencia, aspiré el humo denso hasta casi ahogarme entre toses sucesivas, que ponían de manifiesto mi inexperiencia en tales lides.

—Procede del infierno —continuó mi tío al apaciguárseme la tos —, pero también del paraíso. Procede de toro mundo que a la vez está y no está en este mundo. Pero que es tan real como la alfombra donde esa cosa increíble se apoya...

Empecé a sentir una especie de vértigo, no sé si motivado por mi primera experiencia con hachís o por las revelaciones que se me estaban haciendo, todavía no sabía con qué inquietante finalidad.

—Siempre he creído —añadió— que, como las imágenes del sueño, las que proceden de la ingestión de alucinógenos eran ficticias, y que con ellas se abrían las puertas de la percepción a mundos única y exclusivamente interiores.

—¿Quieres insinuarme —le interrumpí— que esos mundos alucinados existen realmente?

Creo que ni me oyó siquiera. O fingió no oírme. Como si mi objeción resultara sobradamente obvia frente a la existencia del objeto que se interponía entre nosotros. o tal vez porque los alcaloides del canabis le habían producido un estado de ánimo propicio al monólogo de sus obsesiones.

—... Pero ya Gordon Wasson había observado que todas las experiencias de peyote se referían a un mundo muy concreto, ya que las descripciones de ese mundo coincidían en aspectos fundamentales, aunque quienes tomasen la droga perteneciesen a culturas muy diferentes. Todos hablan de serpientes, de grandes serpientes y de androides monstruosos que acechan en los umbrales de ese universo paralelo, para atemorizar al intruso e impedirle que llegara a conocer ciertos secretos. Lo mismo sucede con la ayahuasca que ingieren los indios amazónicos, y en cuanto a la datura medieval que tomaban las brujas, si se leen detenidamente ciertos informes de la Inquisición resulta evidente, en descripciones obtenidas bajo tortura, que se están refiriendo al mismo mundo.

Siguió teorizando durante media hora. Citó a Carlos Castañeada, Aldoux Huxley y a otros investigadores cuyo nombre no recuerdo. El tema me parecía fascinante, pero yo estaba bastante cansado del viaje y algo mareado por el hachís. Sostenía, en definitiva, que las alucinaciones psicodélicas no eran tales, sino imágenes distorsionadas de un universo paralelo. Aseguró haber descubierto una combinación de ciertas drogas que permitía cruzar la frontera de ese universo sin que se produjeran

distorsiones perceptivas; gracias a lo cual había podido hacer varios «viajes» con absoluta nitidez.

—Te aseguro, sobrino, que es un mundo maravilloso. Lleno de peligros, ciertamente. Existen allí seres abominables que prefiero no describirte. Pero también entes cristalinos de una belleza igualmente indescriptible, formas cuya armonía embriaga hasta la locura. Y objetos extraños, hermosísimos, como ese que tienes a tus pies... Sé que te está quemando una pregunta desde hace tiempo. Te gustaría saber cómo he conseguido traer esa cosa. Sería muy complejo que te explicara todos los momentos del proceso. La clave está en las vibraciones. Todo lo que existe emite en una determinada longitud de onda. EL mundo que percibimos bajo los efectos de ciertas drogas es bastante más sutil que el nuestro. Pero ambos mundos pueden entrar en conjunción por medio de una combinación de ultrasonidos. Hasta ahora sólo he podido traer objetos de poco peso, la mayoría de los cuales acabaron desmaterializándose a poco de cruzar el umbral de nuestro mundo. Puedo conseguir cosas mucho mejores que esa que ves si consigo permanecer «allá» más tiempo del que he estado hasta ahora. Y para eso precisamente necesito tu ayuda... Tengo que mostrarte algo.

Se levantó e hizo ademán de que le siguiera. Cruzamos una galería acristalada. Observé que la negrura de la noche era absoluta. Las estrellas habían desaparecido, cubiertas por densas nubes. Lejanos resplandores, a cortos intervalos, anunciaban la proximidad de una tormenta. Llegamos a un cuarto desnudo en cuyo suelo había una pequeña puerta de madera. Me extrañó que esa puerta tuviera una cerradura, máxime teniendo en cuenta que mi tío vivía solo. Se agachó, introdujo la llave y la abrió, dejando el paso libre a las escaleras de un subterráneo. Como no las tenía todas conmigo, dudé en seguirle. Pero consideré que, aún en el caso de que mi tío estuviera loco, podía reducirle fácilmente. Le seguí.

Posiblemente fue un efecto del hachís. Tuve la impresión de que las escaleras no terminaban nunca. Me era imposible calcular el tiempo con exactitud, y cuando al fin las dejamos atrás me pareció que había transcurrido mucho más despacio que de ordinario. Me asaltaban multitud de pensamientos dispares e incoherentes, lo que unido a la historia que mi tío acababa de contar y a lo peculiar del lugar donde nos encontrábamos me produjo una viva inquietud.

Dos metros más allá de las escaleras había una puerta que mi tío abrió con cierta parsimonia. Cuando la atravesamos me encontré con una especie de reducido gabinete, en cierto modo similar a un estudio de grabación; puesto que suelo, techo y

paredes estaban acolchadas con una mullida capa de fieltro negro. Al oprimirla comprobé que tras ella se encontraba un grueso conglomerado de fibra de vidrio. La insonorización era absoluta. E el centro se encontraba una camilla de patas metálicas. Multitud de cables surgían de un panel, apoyado en la pared, en el que se encontraban varios aparatos electrónicos de difícil identificación para un profano como yo. EN cada una de las restantes paredes vi tres enormes altavoces de, aproximadamente, un metro de diámetro. Mi tío se sentó en la camilla. Yo lo hice en el suelo, rechazando la invitación de que lo hiciera a su lado. No sé por qué, aquella camilla blanca, de hospital, me inspiraba una oscura aversión.

—Necesito tu ayuda, sobrino. Porque he decidido pasar «al otro lado» por tiempo indefinido. He de hacer ciertas comprobaciones de suma importancia, fundamentales para el curso que están siguiendo mis investigaciones. Por ahora no puedo revelarte de qué se trata. Si aceptas prestarme tu ayuda, dentro de un momento tomaré cierta droga, me tumbaré en esa camilla y me colocaré varios electrodos en las sienes y en el pecho, a la altura del corazón. Luego permaneceré inconsciente quizá durante varios días. Me alimentaré con suero intravenoso, para lo cual me inyectarás este tubo al antebrazo. He colocado bombillas rojas por toda la casa. Si mis constantes vitales fueran inadecuadas, estos electrodos transmiten la información y las bombillas se encenderán. También he previsto que suene un timbre para el caso de que eso ocurriera mientras duermes. En ese caso, o si se encienden las bombillas deberás bajar inmediatamente y aplicarme este antídoto lo más rápido que puedas. Pero no debes alarmarte. Es muy improbable que eso ocurra.

Acto seguido me dio un frasquito que contenía una pequeña cantidad de de polvo blanco. Era el supuesto antídoto. De no haber fumado el hachís, probablemente me hubiera negado a prestarle ayuda en su descabellada experiencia. Pero las circunstancias en que me veía envuelto me tenían fascinado. Inyecté lo mejor que pude el tubo de suero en su antebrazo, como se había ordenado. Previamente se había aplicado los electrodos al cuerpo y había conectado los aparatos. Una especie de zumbido sordo, vibrante, llenó la estancia. Luego se tumbó en la camilla y se introdujo en la boca una delgada pastilla negra, del tamaño de media libra.

—Ahora debes marcharte —me dijo—. En la casa encontrarás cuanto necesites. Hay provisiones para un mes. Sólo te pido que no abandones la casa en cinco días. Cuando haya transcurrido ese tiempo, si antes no he despertado, me inyectarás ese polvillo, aunque no suene el timbre ni se encienda la luz roja.

Cerré la puerta y subí las escaleras, todavía atontado por los efectos del hachís. Las ideas seguían chisporroteando desordenadamente en mi cerebro. Las tensiones se me acumulaban en el cuerpo hasta producirme angustia. Volví al salón de los almohadones, me descalcé y me tumbé bocabajo sobre la alfombra, de tal modo que aquel misterioso objeto de plumas incalificables me rozaba la nariz. Lo aparté de un manotazo y me maldije por haber tenido la ocurrencia de aceptar la aceptación de mi tío. Al cabo de unos minutos, por fortuna, descargó la tormenta y comenzó a llover con fuerza, interminablemente. Eso descargó también en muy buena parte, la tensión de mis nervios. Me negué a seguir analizando la absurda situación en que me encontraba. Estaba cansado, muy cansado, y mis ojos empezaban a cerrarse. Cuando ya me dejaba invadir por la somnolencia, sonó un timbre y se encendió una luz roja.

Me incorporé sobresaltado. La taquicardia destruyó a golpes los restos de mi incipiente sueño. Corrí hacia el subterráneo sin acordarme de ponerme los zapatos. El cuarto insonorizado donde momentos antes había dejado a mi tío estaba a oscuras. Al abrir la puerta escuché sus gritos espantosos. Parecía sostener una lucha feroz con algún improbable enemigo. Encendí la luz y me apresuré a socorrerle, aunque no supiera de qué modo. Recordé que conservaba el frasquito en un bolsillo del pantalón. Pero no sabía dónde podía encontrar una jeringuilla. Ni él me lo dijo ni yo se lo pregunté. Así que me encontré junto a la camilla, paralizado por lo que veía y sin saber cómo poner fin a la situación.

Era horrible. Mi tío gritaba, babeaba y se estremecía como un poseso. y sin embargo, al ver sus ojos extraviados, comprendí que seguía bajo los efectos hipnóticos de la droga. Entre gritos le escuché unas palabras inconexas:

—¡No...! ¡Magón no...! ¡Zubirah me protege...! ¡No te atrevas...! ¡La carne...! ¡Mi carne es...!

Se suspendió de golpe su respiración entrecortada. Los timbres cesaron de sonar. La muerte le había retorcido el cuerpo. Cayó de la camilla atenazado por los cables. El horror y la impotencia hicieron que yo apretara fuertemente el frasquito en mi mano, hasta que se quebró y sus cristales me hirieron. Pero no presté atención a las heridas, sino a la horrenda figura de aquel cuerpo crispado por la muerte. En ese momento, una rabia irracional se acumuló en mi garganta. Creo que proferí una blasfemia, de la cual sólo en parte me considero culpable. Y luego me acerqué hasta el cadáver. Los altavoces seguían zumbando, lo que no me ayudó en absoluto a recobrar la calma.

Perdí las esperanzas de volver a tenerla en mucho tiempo cuando estuve junto al cuerpo sin vida de mi tío. Su piel estaba

muy caliente y como tostada por el sol. Emitía, además, una especie de vibraciones, que yo achaqué en principio a las reverberaciones de los altavoces. Comprobé que no era esa la causa cuando, después de oprimir varios botones en el panel de los aparatos, logré desconectarlos. Pero su cuerpo seguía vibrando.

No era eso, por desgracia, lo único inquietante. Al abrir los párpados me encontré con unos ojos extraordinariamente amarillos en los que habían desaparecido los dibujos de la córnea. Tenía los labios secos, negros, encogidos y arrugados como pasas. ¡Y los dientes: Gran Dios! Los dientes eran igualmente negros. Tenía las uñas endurecidas y traslúcidas como si hubieran cristalizado. Al levantar su mano y rozar una de ellas se desprendió... Pero lo más espantoso ocurrió cuando rocé sus sienes y grandes mechones de cabellos se desprendieron de raíz.

Traté de convencerme de que tío Isaac había muerto electrocutado. pero lo dudaba, porque hasta su cuerpo sólo llegaban unos simples electrodos. Y, a juzgar por lo que había leído, no era esa la forma en que quedaban los cuerpos de los condenados a la silla eléctrica. En cualquier caso, parecía estar definitivamente muerto.

Nadie había sido testigo de mi llegada a la casa. Tomé la decisión de escapar cuanto antes, y volví a subir las escaleras con ese propósito. Pero al trasponerlas y cruzar el corredor acristalado, la persistente lluvia me hizo desistir. Era demasiado peligroso conducir de noche por aquella infame carretera, muy probablemente bloqueada a causa de los desprendimientos provocados por el agua... Sentí que el destino me había tendido una trampa de la que me sería muy difícil escapar.

«Bien —reflexioné—. No sé cómo ha podido suceder pero Tío Isaac parece muerto, y bien muerto. Su muerte ha sido espantosa, y las transformaciones de su cuerpo son inexplicables. Pero no me queda más remedio que pasar aquí la noche». Estaba tan horrorizado que me fue muy difícil aceptar esa idea. Recorrí la casa hasta dar con una botella de whisky. Subí luego a la segunda planta y me acomodé en el mejor dormitorio. Me parecía irracional, pero a pesar de ello eché el cerrojo por dentro. Afuera, el bosque recibía a la lluvia con una monótona y lúgubre salmodia. Jamás me he sentido más pavorosamente solo en toda mi vida, abrazado a aquella botella de whisky. La abría, eché un trago, la dejé sobre la mesilla de noche, caí a la cama y apagué la luz.

Como era de esperar, no me fue posible dormir, angustiado como estaba por el menor ruido, real o imaginario. Había perdido

por completo la noción del tiempo, sumergido en el horror de un presente sin límites. De tal modo me era insoportable la idea de seguir en la cama despierto, que decidí finalmente arrostrar, aún a riesgo de mi vida, los peligros de la carretera. Siempre sería preferible pasar la noche en el coche, lejos de la casa, aún en el caso de que el camino estuviese bloqueado.

Me incorporé en la cama, dispuesto a llevar a cabo mi postrera decisión. Y entonces, aunque confundiéndose a veces con el de la lluvia, escuché nítidamente ruidos procedentes de la cocina, en la planta baja. Se suponía que yo era la única persona viva del edificio. El corazón se me paralizó unos segundos para después golpear frenéticamente. Los ruidos me hicieron imaginar una difusa escena de violencia. Cacharros rotos, objetos caídos al suelo con estrépito... Luego escuché unos pasos que subían, vacilantes, hasta la puerta de mi dormitorio. Pasos tan espantosos que me olvidé de respirar mientras la sangre se agolpaba en el interior de mis ojos. ALgo arañó tras de la puerta, despacio. Luego escuché que un cuerpo se frotaba lentamente en la madera. Y un gruñido repulsivo, siseante... El miedo se me resolvía a veces en un arranque de ira. Pero mi cuerpo no me obedecía y la furia de ahogaba, indefectiblemente, en un piélago de horror.

Al cabo de una espantosa eternidad, que tal vez no hubiera durado ni siete minutos , los ruidos de la puerta cesaron y escuché nuevamente los pasos, pero esta vez escaleras abajo, hasta perderse en el silencio. Una fuerza más poderosa que el horror, tal vez el simple instinto de supervivencia, me obligaba a salir del dormitorio. Pero antes quise tomar la precaución de hacerlo mínimamente armado. Abrí un armario y arranqué a golpes el tubo de metal del perchero. Era una protección mínima, pero en mi desesperación la encontré suficiente.

Abrí la puerta y no ví a nadie. Vacilé mucho tiempo, junto a las escaleras, antes de decidirme a bajarlas. Un sudor helado hacía que la camisa se me pegara a la piel. Logré llegar hasta la cocina y seguí sin ver a nadie. Había varios platos y cacharros rotos por el suelo, donde también estaba el contenido de la nevera. Descubrí que los alimentos estaban intactos, a excepción de un gran trozo de carne cruda, sanguinolenta, con huellas de haber sido mordisqueada. Me disponía a salir de la cocina y entonces, con un golpe seco, la puerta se cerró a mis espaldas.

¡Hubiera preferido morir en aquel momento! De pie, con una triste y horrenda sonrisa, mostrando sus dientes negros, sus espantosos ojos amarillos, su piel ahora más renegrida, sus moviemientos blandos, su cráneo desnudo, con parte de la barba desprendida, su terrible expresión de agonía, de desesperanzada

lucha interior... Allí estaba tío Isaac (¿O quién era?), apoyando en la puerta el carcomido cuerpo. Grité y grité, a la vez que levantaba con ambas manos el tubo, aunque la locura y la repugnancia, navegando al unísono por mis venas, me impidieron descargarlo contra aquella figura de pesadilla... Oí su voz, débilmente, como si resonara desde otros ámbitos ajenos a la realidad:

—¡No me toques...! ¡Huye ahora, aún...! ¡Magón está dentro...! ¡Dentro de mí...! ¡Me devora...! Tanta hambre... Quiere probar tu carne... ¡Quiere...!

Dio un paso. Levantó su mano derecha, con las uñas medio desprendidas, extrañamente hinchada... No pude reaccionar hasta que llegó a tocarme. Descargué un golpe con el tubo y la mano cayó al suelo blandamente, como si aquel cuerpo se hubiera convertido en una masa de harina y como si la pérdida de la mano, carente de sensibilidad nerviosa, no le hubiera afectado. Y vi esa mano en el suelo, con los dedos retorciéndose como gusanos... Horrorizado hasta le médula, hundí el tubo en su pecho, sin apenas encontrar resistencia. No hizo el más mínimo gesto de dolor. Le aparté de la puerta empujándole, temiendo que mis manos se hundieran también en su carne, y huí despavorido.

Llegué hasta el coche, pero la lluvia había mojado el delco y no arrancaba. lo intenté varias veces, desesperado, sin darme cuenta de que con aquellos repetidos intentos podía ahorrar batería. Estaba completamente fuera de mí. Lo intenté de nuevo, y esta vez con toda la angustia y la desesperación del mundo, cuando vi su figura con el tubo atravesado salir de la casa, con paso lento e inseguro, e internarse en el bosque.

Al fin conseguí salir de allí, regresar a mi casa, sabiendo que jamás podría olvidar mi espantosa experiencia. No sé cuál ha sido el fin de tío Isaac, si es que ha muerto, o de qué forma ignominosa estará logrando sobrevivir en el bosque. Recordando que su espantosa mano me tocó, he sido atormentado por toda clase de aprensiones durante mucho tiempo. Las últimas palabras que le oí las tengo grabadas en lo más profundo del corazón. En vano traté de descifrar su sentido. Ahora, para mi desgracia, ya sé cuál es.

Frecuentes pesadillas asaltaban mis sueños. En ellas veía paisajes muy brillantes, donde el horror y la belleza se mezclaban en partes iguales. Pero también veía a un ser abominable que lenta y sistemáticamente me estaba devorando por dentro. Una noche, la pesadilla fue tan vívida que desperté sobresaltado. El sudor perlaba mi frente. Pasé mi mano por ella. Al hacerlo, las yemas de mis dedos rozaron las sienes, y ese roce fue suficiente para que una gran cantidad de mi cabello se desprendiera. Dos

días después desapareció de todo mi cuerpo. A la mañana siguiente, al mirarme en ele espejo del cuarto de baño, vi que mis dientes ennegrecían, al igual que mis labios. Esta mañana me sentí como flotando en las sábanas. Era que había desaparecido en buena parte mi sentido del tacto. No quiero que la transformación siga adelante, ni que pueda afectar a otros seres humanos. A mi lado tengo la pistola cargada. Voy a apoyar ahora mismo su cañón en el entrecejo. Espero fervientemente que Dios, si es que existe, tendrá piedad de mí. Pero si no existiera, me bastará con el descanso eterno.